

El Sudor del Obrero

Órgano de las Sociedades y de la Agrupación Socialista Obrera de esta Ciudad

Gratis á los Socios



Redacción y Administración: Palacios, 44



No se devuelven los originales

Se publica los días 15
y últimos de cada mes.

Para la "Revista Portuense"

«No hay peor cosa que envanecerse y esto le pasa al periódico obrero».

Esto es, que EL SUDOR, nuestra pequeña publicación, ó sus inspiradores que es igual, están «envanecidos».

No hay tal cosa, respetable *Revista*. EL SUDOR DEL OBRERO caería en la más grande estupidez si estuviera como dice.

Envanecerse, en el sentido con que lo indicó la *Revista* lo tomamos por un insulto, porque «envanecido» no es posible que esté EL SUDOR si esta palabra es sinónimo de vano, soberbio ú orgulloso. No, no ha y razón para ello, porque la *Revista*, cuando EL SUDOR se confeccionaba en sus talleres nunca dijo que era orgulloso, soberbio ni vano; muy al contrario, en sus columnas honróle siempre y EL SUDOR correspondiendo le ha guardado la deferencia que toda publicación debe tener cuando no se sale del terreno de la denuncia ó del insulto.

¡*Envanecido!* ¡Cuidado que tiene tilin el colega, tan comedido, tan sensato y tan imparcial siempre en juzgar las personas y cosas.

De manera que porque nos dirigimos al público ó á la *Revista* para deshacer la mala impresión que ésta ó aquél tuviera de las palabras «¡viva el socialismo revolucionario!», ya EL SUDOR está «envanecido», ó lo que es lo mismo, está soberbio, orgulloso ó vano, según la índole de la *Revista* revistiendo con eufemismos las palabras: ¿de cuándo acá?

Cuando se insulta y se denuncia á una autoridad, una publicación, razón es de contestar para que se oriente la opinión; pues el órgano portuense, en esta ocasión ha dado una nota tan subida que se hace

incomprensible los motivos que tiene para ir contra artesanos y jornaleros que le han guardado respeto dándole trabajo al mismo tiempo.

Sí, colega, y valgan verdades aunque duela. Si EL SUDOR está «envanecido» para la *Revista*, es porque hace tiempo se confecciona en Cádiz, como se compra, ó se confecciona todo el material que las Sociedades obreras necesitan para su uso.

No estuviera EL SUDOR «envanecido» si siguiera en los talleres de la *Revista* dando á ganar á ésta lo que se lleva fuera; y aquí precisa hacer una aclaración por lo que respecta á nuestro pueblo y al público que se digna leernos.

Siempre hemos sido partidarios de que en la población se deje el producto que se tenga que dejar fuera, por entender que es de justicia y de razón dar facilidades á los industriales de casa, siempre que éstos se pongan en condiciones, que no llevar trabajos á otra localidad.

Esto que lo decimos escuetamente, sin ser partidario de «la Patria chica», se ha hecho para no tener que pasar, y con razón, por malos vecinos, que, teniendo en casa probabilidades se van á otra población despreciando lo que todo hijo de la localidad debe proteger.

Pues bien, EL SUDOR DEL OBRERO que así ha pensado, y ha pasado ante el público y colegas que le han leído, quizás por *estúpido*, sin haber dado lugar á ello, dejando á un lado la parte de intereses como cosa secundaria por lo que decimos antes, al retirarse desde hace tiempo de los talleres de la *Revista* ha tenido razones *poterosísimas*, pues antes que pasar por necios, vanidosos, estúpidos y servilones sus redactores, antes que perjudicar intereses extraños como son los de la *Revista*, antes que someterse á extrañas figuras, se ha tenido que confeccionar fuera, porque en la localidad no hay talleres en donde un periódico como EL SUDOR, órgano de la clase proletaria consciente, pueda hablar tal como sienta ésta.

Hé aquí el motivo por qué EL SUDOR está «envanecido», ó como dice la *Revista*, con nuevo *ropaje*, orgulloso, soberbio ó vano, y por lo que lo delata al Fiscal y llama la atención pública sobre unas palabras que como el *viva el socialismo revolucionario!* ha creído ver con esta «coletita» el trastorno social en el Puerto por algunos obreros *naturales de él*.

Hasta otro, que hablaremos del Diccionario de la lengua que nos recomienda y por el que diremos algo.

A los viticultores

Ya en el número 37 daba mi *toquecito* á algunos compañeros sobre su dejación á nuestra Sociedad, y hoy vuelvo á lo mismo por creer que es deber nuestro hablar sobre esa dejación que hacen algunos individuos.

Se necesita llevar miras particulares ó ser un ignorante para volver la espalda á la Sociedad; pues no se comprende que habiendo dado ésta muchas pruebas de beneficios positivos, haya compañeros que se rían, se encojan de hombros y lo que es más doloroso, hasta lleguen á maldecirla como en ocasiones hemos oído á algunos que en estado ebrio maldicen á la que le llevó en sus entrañas, y por consiguiendo lo mismo escarnecen á la Sociedad.

Citáramos aquí todo lo bueno que la Sociedad de viticultores ha hecho con muchos compañeros; sacáramos de sus libros cuanto hay sentado en beneficio de muchos que *han sido* sus socios, dijéramos todo lo que al correr la pluma se nos viene por tan ingratos compañeros; diéramos á la publicidad hechos y personas cual corresponde á conducta de conducta; esto es, la de la Sociedad y la de muchos de sus individuos, y con seguridad que los hombres imparciales, todos los que miran el porvenir de la clase obrera libre de los prejuicios de clases,

condenarían á muchos de sus miembros y abonarían por la que es vida y alma de nuestro gremio.

Sacrificar á una entidad que se debe mantener por la unión de todos, para después volverle las espaldas, no es de hombre, no es de obrero, que más, ni de ignorante, sino de miembro corrompido que estorba la marcha de una obra que cual la social, es humana y por lo mismo se necesita de la cooperación de todos, pero sanos, útiles y por consiguiente abnegados.

Venir á la Asociación en determinados momentos para aprovecharse y lucrarse de ella como suelen hacer muchos para después no seguir y en momentos de pruebas abandonar nuestra causa, es igual que abandonar á una madre, dejarla desamparada después de haberse sacrificado por su hijo.

No he de seguir más por hoy, y en espera de que hemos de dar señales de que nuestra Sociedad se halla como en sus mejores tiempos, queda hasta otra,

UNO DEL CAMPO.

La cuestión agraria en Andalucía

IV

Antes de proseguir séanos permitida una ligera digresión, que consideramos pertinente.

Hay quien sostiene, de la mayor buena fe, sin duda, «que se debe descartar la idea de resolver el problema del trabajo haciéndole copartícipe del capital en la producción, porque el obrero vive al día y carece del ahorro para cubrir sus gastos.»

Y como hemos sostenido y continuamos sosteniendo precisamente lo contrario, he ahí la razón de nuestra réplica.

La afirmación es de una *originalidad* sorprendente: á ninguno se había ocurrido hasta ahora que, para mejorar la situación económica del obrero, fuera preciso someterle á la eterna servidumbre del salario... ¡Pobre obrero! si llegara á presidir ese, ó parecido criterio, la solución del problema planteado en los campos jerezanos. ¡Pobre Agricultura! si para buscar su redención se viera obligada á marchar por esa *trocha*...

De eso á defender que quien carezca del ahorro para cubrir sus gastos está incapacitado para ejercer el derecho de asociación, no hay un paso... De eso, á sostener que para sacar al obrero andaluz del abismo en que se asfixia, es necesario arrojarlo á otro, aun más hondo y tenebroso, no hay diferencia. ¡Válganos Dios por lo desagradable de la sorpresa!

Pues á pesar de la afirmación seguimos creyendo que las soluciones á todos los problemas planteados, por la evolución de los tiempos, entre el capital y el trabajo, son cuestiones de derecho público que sólo se pueden resolver por medio de la asociación: Que para devolver á patronos y obreros la vida, que les ha arreba-

tado las exigencias de los grandes centros de población, y esa atmósfera cargada de miasmas deletéreas en que viven—que no es, ni puede ser, ni será nunca la suya—hay que sacarlos de ella, colocándoles en un medio cargado del oxígeno de la mutua conveniencia y del interés recíproco, á fin de proporcionar favorable reacción á sus pulmones, atrofiados por la acción incesante de la usura, la persecución y la miseria. Y ese medio no puede ser otro que el designado en el *Plan general de reformas*, inspirado en el espíritu de asociación y en las realidades de la vida.

¡Cómo! exclama indignado el sentido legal. Porque el obrero rural carezca de ahorro para cubrir sus gastos, ¿se le ha de privar del ejercicio de un derecho común á todos los ciudadanos?

Porque ese desdichado paria de la civilización cristiana se vea obligado á *vivir al día*, ¿se le ha de condenar á la perpétua servidumbre del salario? Porque carezca de ahorro, ¿ha de ser de peor condición que su compañero de la fábrica, en igual caso que él, respecto del ahorro; que vive *asociado* y percibe cierta cantidad á título de salario, más el tanto por ciento de las utilidades: que el socio *industrial* ó el dependiente en participación, quienes reciben sueldo para cubrir sus atenciones, sin dejar de estar á las resultas de la liquidación en las utilidades? De ningún modo: precisamente por eso, porque *vive al día* y apenas cubre sus gastos con los emolumentos de su trabajo, hay que sustraerlo á esa situación desesperada, colocándolo en condiciones de que los pueda atender y llegar al ahorro.

Porque sin este ahorro no puede disfrutar de los beneficios que le brinda el ejercicio de un derecho: hay que ejercer ese derecho, y con la ayuda del *anticipo* suplir las deficiencias del salario.

Porque la presión de un criterio primitivo é inhumano, y sobre todo *contraproducente*, lo tiene encadenado á perpétua servidumbre, hay que librarle de ese yugo del salario que le impuso un convencionalismo denigrante, bueno quizá para aquellos tiempos de laboriosa gestación; que si entonces pudo significar un *progreso*, hoy significa un *anacronismo* incompatible con los nuestros.

Por eso, precisamente por eso hay que combatir el *hecho* de ayer, establecido por la imposición de la fuerza, con la fuerza del derecho reconocido, hoy, por todos los pueblos del mundo civilizado, que hace iguales á todos los ciudadanos. Por eso, hay que tronzar con mano firme la cadena de la explotación inmoral, forjada en el yunque de la *Edad Media*, arrojar los pedazos al panteón de los recuerdos históricos y sustituirla con una legislación inspirada en la previsora equidad del espíritu moderno, dando lo justo y necesario antes que se nos pida lo superfluo!... Atemperar, en todos los casos, nuestra conducta á la reflexión, tolerancia é indulgente cordialidad que es la característica de ese espíritu especialmente en la constitución del medio reclamado por los intereses agrícolas; *uniéndolos* con lazos de un beneficio *mutuo* por la asociación del capital y del trabajo en vez de que se traten como enemigos, pretendan su destrucción, aumenten sus odios y acentúen las causas de su deplorable división, distanciándolas cada día más, con esas clasificaciones *asiáticas* y limitaciones inconcebibles. . . ¡No haría otras un *brahman!* . . .

Y lo peor del caso es que esto se dice de buena fe por *quien no ve más que eso...* con el santo fin de formar una opinión... ¡Que esto se publique, para tratar de llevar un sentimiento de *equidad* á la conciencia de los hombres llamados por su alta posición, á presentar soluciones *prácticas*, dentro del régimen establecido tratando de huir de la utopía socialista, como de los delirios del anarquismo, sin ver que cae dentro de los procedimientos de *ambos*. A pretexto, en fin de *proteger* al pobre y al rico, al patrono y al obrero, al capital y al trabajo... ¡Cuánta insensatez! ¿quién podrá oír las sin hacer en el acto la más enérgica protesta? No hablemos de discusión: eso es absurdo, y lo absurdo no se discute.

«El trabajo», continúa la singular pancea refiriéndose al salario, «*ha de encontrar recompensa suficiente á conservar la vida del obrero, ó sea satisfacer sus necesidades dentro de la clase*» Es decir: dentro de la *manada*, dentro de la *casta* condenada á perpetua servidumbre por el crimen de haber nacido pobre, por el horrendo delito de *vivir al día!* . . . ¡Basta! Eso no se puede oír sin indignación. Eso no es, ni puede ser, ni será nunca la solución que se busca en un país civilizado. Aquí no hay *castas*... y por consiguiente, no puede haber *manada*: el Código no ve más que los hombres de una misma condición y origen; la Constitución del Estado ciudadanos iguales todos ante el derecho; la Sociedad, individuos más ó menos cultos; la Religión, hermanos... Luego hay que mirar la cuestión bajo sus dos puntos de vista cardinales: el económico-social y el religioso.

En el primer caso, desde la carpeta, con frialdad británica: planteándola con *números y resolviéndola con demostraciones*: su argumentación más concluyente, la mayor, *la cifra de sus beneficios*. El capital ha de dar lo que le corresponda, sin perjudicarse: el trabajo, recibir la compensación de lo que produzca, sin escatimar un céntimo á sus condiciones; de ahí el anticipo para suplir el ahorro: de ahí la necesidad de su coparticipación en la producción para completar las deficiencias del salario.

El segundo es más sencillo: no considerar la cuestión social, y mucho menos la planteada en los campos andaluces, desde el *Indostán*, sino desde *Europa*: es decir, no desde la *Pagoda*, sino desde el Gólgota, porque aquí no hay más que *hombres* y, esos que sufren son nuestros hermanos!... Basta esta sola razón: ¿quién podrá hallar otra mejor dentro de la ortodoxia cristiana? Seguramente ninguno; porque ningún *uropeo* del siglo XX puede desconocer la evolución que se realiza en el movimiento social que presenciarnos, dentro de un orden moral esencialmente cristiano.

Decía es Sr. Conde de San Bernardo en su célebre discurso del día 9 de Julio, con un gran sentido de la realidad: «Todos aquellos que ayudamos al orden social tenemos en esto un deber del que no nos podemos olvidar, que es el de estar continuamente recordando á los gobiernos que es necesario, enfrente de las predicaciones anarquistas, ejercer una acción constante y diaria para procurar dar al obrero aquello que realmente merece y puede dársele antes de que lo pida.»

Tenia razón al expresarse así el ilustrado prócer; ayer, águila de la agricultura patria desplegando las poderosas alas de su inteligencia sobre los adelantos de la mecánica agrícola; hoy elevado

por S. M. y sus merecimientos al Ministerio de Estado: si, tiene razón el señor Ministro: esa es la opinión de todos los que piensan derecho y sienten hondo. Ofrecer *resuelto* el problema en litigio: dar antes que pidan lo que no se puede conceder: ¡adelantarse siempre! *encauzando* la opinión en los moldes de la legalidad antes del límite de lo posible!

Por eso, sin salir de nuestro modesto radio de acción, creemos que hay necesidad de ahondar un poco, al tratar estas cuestiones y combatir al enemigo común, cualquiera sea la forma en que se presente, si no queremos vagar rezagados, flotando a la manera del detritu arrancado por la corriente al légamo del fondo del *rio revuelto* de ese movimiento, juguete de la ola que todo lo arrastra en la superficie!...

Por eso hay que *aflojar* los tornillos de la máquina montada en los tiempos medio-evaes, no apretar los remaches como pretende esa doctrina desatentada que combatimos; y esos tornillos no se aflojan más que dando al «César lo que es del César...»; es decir, holgura al individuo dentro del estado social y del régimen vigente, como *asociado* y como *cristiano*, al abrirle las puertas de los espacios de la especulación por medio del anticipo, y a las energías del estímulo en los beneficios de la producción y de las conquistas industriales, por medio de la coparticipación

Volvamos al asunto.

EDMUNDO MAC-COSTELLO.

Trabajar las elecciones

Me dicen una porción de conocidos y amigos que el no haber sacado nosotros ningún puesto en estas elecciones es porque «no la hemos *trabajado*».

Y digo yo, ó pregunto yo: ¿Para la emisión del voto, para ejercer el derecho del sufragio, para exponer la voluntad del individuo mediante la papeleta electoral, qué trabajos ni qué *ejercicios* hay que hacer?

Si «trabajar las elecciones» es *comprar* al individuo, es molestarlo, es llevarlo de acá para allá, es *prometerle*, en fin, es pasar por sinvergüenza, digo yo que las «trabaje» otro y yo me retiro de ser político.

Yo que fui candidato (!) el día de las elecciones pude ver el «trabajo» que esos amigos y conocidos me dicen, como pude ver la buena voluntad de industriales y obreros que simpatizando con el partido socialista por su seriedad y disciplina, me pidieron nuestras candidaturas para ejercer un derecho que tan solamente la voluntad del individuo, por el amor a la causa que se defiende, es el único llamado a exponerla.

Y vamos a *números*, que es la mejor demostración que puede haber para nosotros y los amigos y cono-

cidos en eso de «trabajar las elecciones».

El cuerpo electoral en el Puerto en un día de elecciones, ante el desprestigio en que ha caído el sufragio, no se compone arriba de quinientos electores, esto poniéndolo muy alto, porque á estos electores, militen en donde militen, le concedemos fueran de voluntad bastante para imponerse á todo *tipazo* que en ese día le quiera obstruir su libre voluntad.

Pues bien, quinientos electores en nueve colegios, sobre poco más ó menos ya saben los amigos á como saldrán. Eran once los puestos que se elegían y nosotros sacamos de votos 197; me parece que tenemos ganados, sin «trabajar», y por la libre voluntad de los hombres, *un puesto ó dos en la casa grande*.

«¡Trabajar las elecciones!» Valiente porquería está semejante trabajo.

Rto.

Una pregunta

¿Por qué veo tanta criatura recorrer la población, hija de la corrupción y en la mayor desventura? ¿Por qué con tanta soltura llevan sus carnes de fuera, dicen palabras groseras, responden con osadía, intentan la ratería y amenazan como fieras?

Una respuesta

Por no tener ocasión de hacer nuestro Ayuntamiento casas de recogimiento, limpieza y manutención, donde den educación á tanto desventurado que vive desamparado sin aprender un oficio, y cuando se entrega al vicio es por un Juez condenado.

Su C^a N^o

CUENTO

Reunidas en un Hotel cierto día hallábase la Caridad, la Justicia, y la Ambición. Estas discutían acaloradamente si debían hacer ó no un buque de alto bordo que pudiera transportar una cantidad considerable de carga de uno á otro extremo del mundo. La Ambición, que había conseguido dominar á sus compañeras trataba de hacerles ver las

enormes sumas que podrían conseguir haciendo una buena administración. Quedó acordado hacer el buque lo más pronto posible, y un año después, salían con rumbo al Pacífico. Durante la travesía todo marchaba bien; la Ambición no hacía más que anunciarles enormes ganancias; la fiebre de riqueza era su sueño dorado. Dos meses después empezó su comercio en varios puertos del Callao de Lima teniendo enormes ganancias; todo marchaba á las mil maravillas, cada cual cumplía su misión haciéndose los trabajos muy activos; la Justicia hacía muy buena administración, y la Ambición era incansable en sus negocios, por lo que en vista de tan buenas sumas la Caridad recorría los barrios obreros, cumpliendo su ministerio gastando grandes cantidades en socorrer á los desvalidos. Enterada la Ambición de las sumas que la Caridad gastaba, en lo que ella llamaba tonterías, empezó una guerra entre las dos que la Justicia tuvo que apaciguar. La Ambición protestaba, y decía que era intolerable el despilfarro de la Caridad; esto no puede seguir así, decía, si la Caridad sigue socorriendo á necios, que nada agradecen, es lo más fácil que nuestras ganancias se conviertan en humo. El día venidero se fijó la salida; todo estaba dispuesto, y á la hora de levar ancla, solo faltaba la Caridad; la Ambición sudaba el kilo, y decía,—estará entretenida entre esa canalla, que sabe aprovecharse de su debilidad explotándola. A puesta del sol el barco salió del puerto empujado por la brisa de tierra con una velocidad bastante regular.

Era la hora de comer; sentadas á la mesa no se cambió una sola palabra; concluida ésta, la Caridad recogió parte de lo que quedaba en la mesa para repartirlo entre los marineros. Apenas subió á cubierta, la Ambición dando rienda suelta á su mal humor, dijo:—esto es imposible, esto no puede seguir así, hay que concluir de una vez; la Justicia dió las buenas noches;—puedes hacer lo que quieras—le dijo; subió á cubierta, la noche estaba obscura y la Ambición empezó la conversación llevándose á la Caridad hacia un lugar apartado, y aprovechando un momento que la Caridad miraba al horizonte, le dió un fuerte golpe en la cabeza y la arrojó al mar... Una hora después todo era confusión; se dió la voz de alarma, se encendieron luces, se buscó por todas partes, pero todo en vano; el crimen lo cubrieron las olas. Seis días después el barco anclaba en Valparaíso; la Justicia que hasta entonces había permanecido muda, dijo:—hay que cubrir las formas, hay que dar parte á la autoridad; eso, dijo la Ambición, debe hacerlo el Capitan, la responsabilidad es solo suya.

—¿Qué estás diciendo? ¿quieres hacer responsable á un inocente, después de haber cometido un crimen cuya responsabilidad es tuya? No sé si he sido un momento débil, no estoy dispuesta á serlo más; hay que cubrir las formas, y se hará, pese á quien pese.

—O no se hará, dijo la Ambición

—Te he dicho que sí, y no se hable más.

—Pues yo te digo que no voy á ninguna parte, dijo la Ambición.

La Justicia trató de detener á su compañera, y ésta veloz como el pensamiento, cogió una cavilla y dió tan fuerte golpe á la Justicia en un ojo que la dejó tuerta.

La Ambición se fugó en un bote antes

que la tripulación volviera de la sorpresa, y se ocultó en una iglesia.

Desde entonces la Caridad ha muerto, la Justicia anda tuerta y la Ambición está en la iglesia.

EL CANGREJO.

ARAÑAZOS

Pues señor: llama la atención el ver con la desnudez con que se pasea el señor Verges á primera hora de la mañana por la Plaza del Polvorista. Pero no hay que extrañarse: como dicen que ese señor es *algo inglés* y á éstos creo que le gustan vestir muy raro, de aquí que salga vestido con el de Adán el día menos pensado.

Sería conveniente que las Autoridades le hicieran ver á ese señor que su *inglesa* manera de... no vestir es falta de *española* moralidad.

¡Ah! También al mismo señor le ha dado su inglesa monomanía por no dejar que los hiladores trabajen retirado ocho ó diez metros de su casa porque «le molesta el polvo del cáñamo.»

¡Y pensar que á esos obreros no les importa; nada aspirar ese polvo con tal de sacar un mezquino jornal mientras ese señor que ni aun se roza con ese vegetal se expone á ahogarse! ¡qué contraste!

Podía cuidarse más de la honestidad, de amarrar un *perrito* que ya ha mordido á unos cuantos transeuntes, y copiar de los vecinos del otro lado de la Plaza, que aunque pobres, *no les molesta* el polvillo del cáñamo, ni acuden á los municipales para que no dejen trabajar á esos infelices.

* *

Se discutía en el Congreso el presupuesto de Guerra y hubo un diputado que dijo: «el rancho que comen los soldados está tan bien guisado y es tan substancioso, que muchas familias que viven *desahogadas* lo envidian...»

Pues me parece que S. S. si no es ciego, es un *desahogado* y sabe muy poco de lo que es la vida en un cuartel; ¡cuidado!..

Del pan también habló y tanto lo alabó, que por poco si se vé obligado el Ministro de la Guerra á mandar por unos cuantos *chuscos* para regalar uno á cada diputado.

Pero el tal diputado, que diría esos disparates por hablar algo, no contaba con el señor Inglés que como todos los desheredados tuvo la desgracia de tener que estrujar muchos garbanzos tan duros como balines y muchas patatas podridas, que es de lo que se compone el tan «substancioso» rancho, y negó todo lo dicho por su tan alabador compañero.

Nada; por lo visto, la carne y demás cosas buenas la consumen los soldados; y los *pobrecitos* capitalistas son los que se engullen la bazofia.

¡Qué lástima..!

* *

¡Rediós! y que modo usaron los asambleistas liberales para votar un gefe: palabras gruesas y duras, empujones, pisotones y un escándalo fenomenal que nosotros los que no estamos tan *leídos y escritos* nunca hubiéramos creído de hombres tan *altos*.

Claro, eso trae la ambición.

Pero no; ahora se han unido Monteristas y Canalejistas y ahora si que van á poner á España que no la vá á conocer ni su madre: la cuestión religiosa, los latifundios ó infundios, los canales, el ejército y la armada, la marina mercante, en fin, la mar, la mar.

¡Qué envidia nos van á tener los ingleses y los yanquis! y hasta los moros.

¡Y cuánto me río yo de esos que desde la oposición dicen que cuando ellos sean lo van á arreglar todo en dos horas!

* *

Y apropósito de *elecciones* y de liberales. En el tercer colegio estuvo de interventor por los *liberales*.... ¿á que no sabe el público de casa quién?

Pues el simpático *Don José Barrera Ganasa*, muy conocido en el gremio de corredores, pero más conocido en el de oficiales de toneleros por aquellas 470 pesetas d- que hablamos en tiempo, y el *listo*, ofendido (!) encima, nos llevó al Juzgado.

¿Que si las pagó?... Todavía no, pero ya nos ocuparemos otra vez ó andaremos los pasos.

Conque ya sabe el público de casa el *liberal* que tienen los liberales de la misma, que andando el tiempo también será concejal ó papá del pueblo.

* *

Y sigue de *elecciones* aunque algunos rabien. En el 9.º colegio vimos por la mañana de presidente á un joven «histórico».

Esto no tiene nada de particular; pero si lo tiene mucho, aún cuando los «históricos» se quedaran por esta vez en la historia, el que el joven presidente se pusiera enfermo, y más de particular, si allí teníamos nosotros intervención y luchábamos enfrente del Alcalde. ¿Que porqué sería?

¡Adivine usted! ¡adivine usted!

* *

En Austria ponen los gritos en el cielo, por ser tantos los «gorriones» que allí hay, que todo lo picotean y todo lo tienen echado á perder.

Digo ¿si tuvieran la *plaga de pajarra-cos* que á nosotros no nos dejan resollar siquiera, donde no los pondrían?

Nada, les propongo un cambalache: que nos manden esos diabólicos gorriones y nosotros le enviaremos colecciones completas de los *pájaros* que por acá padecemos, acompañados todos de su correspondiente *pájara*.

¡Ah! nuestros *pájaros* no picotean: ¡son tan buenos...!

Verán, verán que bonitos y qué multitud de colores.

¡Ni el arco iris!

* *

Otra vez más nos ha dado pruebas de su egoísmo la clase capitalista.

Ahora ha sido en Cercedilla la catástrofe: 5 muertos y 17 heridos, casi todos graves, han sido sacrificados por una poderosa Compañía, que con tal de ver crecer sus capitales, deja abandonadas en manos inexpertas las vidas de los viajeros.

El material, pésimo; los empleados, sin haber tenido tiempo para aprender, quieren esos poderosos señorones que hagan lo mismo que el que sabe, y nuestros gobernantes echando tierra á todo lo que huela en contra de tan inhumanos... *ratas* de levita y sombrero de copa.

Ahorrar un céntimo, aunque perezca la humanidad; esa es toda su religiosa conciencia.

* *

Nuestro novel Diputado ha vuelto á hablar otra vez en el Monipodio, como dijo uno no hace mucho, y ahora le ha contestado el Ministro de la Justicia.

El periódico de donde tomo la noticia no dice más, y pregunto yo, ¿qué sería lo que hablaría? porque la otra vez que habló se ocupó de la carretera de Algeciras como si á nosotros nos importara mucho aquél asunto; teniendo en cuenta La «Patria chica».

Suponemos que habiéndole contestado el de Gracia y Justicia será relacionado con la música del Penal ahora que vuelven otra vez los confinados.

* *

Ha dicho uno, no sé quien, que nuestro número último estaba «asqueroso.»

Con seguridad que éste será uno, ó un... que por las verdades que se han dicho las ha tomado á porquerías, como las *elecciones* las he tomado yo.

Aquí si que cabe *aquello* de que no se puede dar gusto á todos porque no repartimos dinero, sino lo *otro*; aunque quizá el sugeto en cuestión, ó quizá también forastero, esté comiendo de lo que *consumimos* nosotros, y es igual.

Sin embargo, no han faltado hombres que dijeran que hemos estado benévolos. ¡Vaya V. á agradecer!

* *

¿Que el actual alcalde hubiera visto con agrado á dos socialistas en el Municipio? ¡Vamos, hombre, eso ni hay que jurarlo!

El actual alcalde, como otros señoritos, no le tienen á los socialistas, y tenemos pruebas; lo que es, que hay ciertos liberales que se imponen y lo que falta es energía. No importa, á ctra, que ya sacaremos del *Monte* lo que tenemos empeñado cuando estemos en *casita*. ¡Verdad que si, señor Barrera Ganasa (D. José)!

En la Agrupación Socialista, calle Navarrete 44, se venden folletos de la «Ley de accidentes del trabajo», y «Ley sobre el trabajo de mujeres y niños».